

## NECROLOGÍA

JESÚS PÉREZ-MAGALLÓN  
McGill University

RUSSELL P. SEBOLD  
(Dayton, Ohio, 20 de agosto de 1928-  
WestChester, Pennsylvania, 7 de abril de 2014)

Conocí a Russell P. Sebold en abril de 1985, porque él iba a la Autónoma de Barcelona a dictar un curso y Alberto Blecua me avisó para que pudiera asistir. Escuché algunas de las más estimulantes conferencias que he oído en mi vida, con su fuerte acento norteamericano y su clásica y perfecta sintaxis. Siguieron encuentros —por recordar el más memorable para mí, en el Café Zurich, plaza de Cataluña, Barcelona, donde me dijo que le llamara Bud y así lo hice desde entonces— que me llevaron a Filadelfia para estudiar con él y, bajo su dirección, hacer mi tesis doctoral y obtener el PhD (o *Philosophiae Doctoris*). Sus viajes a España, que habían empezado mucho atrás, si no me equivoco en 1952, cuando visitó a Pío Baroja dejando testimonio una foto inolvidable, continuaron hasta que algunos achaques le quitaron la energía necesaria para seguir viendo a sus amigos españoles y depariendo con ellos.

La investigación y las publicaciones de Sebold me habían atraído cuando era yo estudiante de la Universidad de Barcelona y, debo confesar que impresionado por su manera de abordar los asuntos críticos e historiográficos relativos a la Ilustración y el Romanticismo, ahí se forjó mi decisión de estudiar con él. Más tarde Sebold me (y nos) contaría anécdotas jugosas de su aprendizaje en Princeton con Américo Castro como mentor y director de tesis; entre otras, cómo su propio tema de investigación había surgido del deseo de cuestionar algunas opiniones del maestro respecto a la Ilustración española. Terminó su doctorado en 1953 y tuvo puestos en Duke, Wisconsin-Madison y Maryland, hasta que, siendo catedrático hacía ya tiempo, fue a la Universidad de Pennsylvania en 1968 y ahí desarrolló la mayor parte (y la más gloriosa) de su carrera, pues dirigió su Departamento de Lenguas Románicas y fue director de la *Hispanic Review*, la más prestigiosa revista del hispanismo estadounidense durante varias décadas.

En el ambiente intelectual en que completó su tesis y su doctorado nació su edición del *Fray Gerundio de Campazas* para Espasa-Calpe (1960-64), así como sus ediciones y estudio sobre Torres Villarroel –fundamentales para quienes se interesaban por él, aunque también por la autobiografía como género y por las sinuosas líneas que unían la autobiografía ficticia (o autobioficción) del siglo XVI y la del siglo XVIII. Pero la entrada de Sebold en el mundo académico español tuvo lugar sobre todo con su extenso estudio sobre Iriarte, «Tomás de Iriarte: poeta de «rpto nacional»», publicado como anejo 11 de los *Cuadernos de la Cátedra Feijoo*, y que se incluyó en uno de esos libros esenciales para los estudios sobre la Ilustración: *El rpto de la mente. Poética y poesía dieciochescas* (1970), particularmente por su trabajo «Contra los mitos antineoclásicos españoles», cuya continua actualidad no deja de ser dolorosa. Surgieron sus ediciones de Ignacio López de Ayala, *Numancia destruida* (1971) y otros. Y le siguió su libro sobre José de Cadalso, *Colonel Don José Cadalso*, para la colección Twayne en 1971, que fue traducido como *Cadalso, el primer romántico «europeo» de España* (1974), libro que hubiera debido obligar a replantearse la genealogía del romanticismo y que solo algunos estudiosos han considerado oportuno seguir. Sobre todo porque más tarde daría a luz su *Trayectoria del romanticismo español*, que reforzaba algunas ideas ya esbozadas en *Cadalso*. Las aportaciones de Sebold sobre la Ilustración y el Neoclasicismo, así como sus vínculos estéticos e intelectuales con el Romanticismo, cobrarían una formulación incisiva y precisa en *Descubrimiento y fronteras del neoclasicismo español* (1985), resultado de un ciclo de conferencias que dictó en la Fundación Juan March. Tales aportaciones vinieron acompañadas de ediciones imprescindibles como la de *La poética*, de Ignacio de Luzán, para la colección Textos Hispánicos Modernos de editorial Labor (1977) y las dos comedias más notables de Tomás de Iriarte, *El señorito mimado* y *La señorita malcriada* (1978), aunque en 2010 publicaría por fin el *Teatro original completo* del mismo Iriarte.

A mediados de los años ochenta Sebold se concentra en estudios sobre el Romanticismo, y en particular en Gustavo Adolfo Bécquer. En ese proceso Sebold publica en 1985 para la colección El Editor y la Crítica un volumen sobre Bécquer en el que recoge lo más granado de la crítica sobre el autor sevillano. De esa dedicación brota *Bécquer en sus narraciones fantásticas*, una aportación sustancial al conocimiento y crítica de las *Leyendas* becquerianas. Le acompañará una edición inigualada de la *Rimas* para Clásicos Castellanos en 1991 y, más tarde, un «Estudio preliminar» a la edición de las *Leyendas* que para la Biblioteca Clásica de Crítica prepara Joan Estruch en 1994. Una aportación clave será la edición, junto a David T. Gies, del *Suplemento* al tomo IV de la *Historia y crítica de la literatura española* (1992), dirigida por Francisco Rico, donde se reconsideran algunas afirmaciones y tomas de postura adoptadas por el editor del primer tomo IV, dedicado al siglo XVIII. Ese mismo año publica una primera colección de colaboraciones aparecidas en

*ABC: De ilustrados y románticos.* Aparte de nuevas ediciones y reediciones de textos clásicos y de sus propias obras, o de la participación en historias de la literatura (la de Guillermo Carnero y la de Leonardo Romero Tobar para Espasa-Calpe en 1995, 1997 y 1998), tuve la ocasión de compartir con él la emoción del hallazgo del manuscrito de *El hombre práctico*, del conde de Fernán-Núñez, así como de preparar en 2000 la edición y el prólogo de esa obra de la que Sebold decía que si su autor hubiera sido inglés o francés no habría estudiante que lo ignorara, precisamente todo lo contrario de lo que sucede en España.

Algunos proyectos antiguos vinieron a cobrar forma ya en el nuevo milenio. Por ejemplo, sustituir en 2000 la edición que tenía Cátedra de las *Cartas marruecas. Noches lúgubres*, de José Cadalso. Y Sebold pudo terminar un texto sobre la lírica española y las ideas sobre la lírica del que me había hablado años atrás y que acabaría publicando Cátedra en 2003: *Lírica y poética en España 1536-1870*. Asimismo, pudo recoger y corregir muchos de los trabajos que había publicado anteriormente e incluso agrupar nuevas colaboraciones para *ABC* y ofrecer varios libros misceláneos de indudable interés (*La perduración de la modalidad clásica. Poesía y prosa españolas de los siglos XVII a XIX* en 2001, *La novela romántica en España. Entre libro de caballerías y novela moderna* en 2002 o *Ensayos de meditación y crítica literaria* en 2004). Su curiosidad por los orígenes del realismo siguió habitándole y en 2007 nos ofreció su muy importante estudio titulado *En el principio del movimiento realista. Credo y novelística de Ayguals de Izco*, publicado por Cátedra, donde editó ya en 2012 *El dios del siglo*, de Jacinto de Salas y Quiroga. No obstante, siguió estudiando la novela romántica hasta el final, pues «Alma sensible, romanticismo exaltado y suicidio. Sobre la novela *Voyleano o la exaltación de las pasiones* (1827), de Estanislao de Cosca Vayo y Lamarca» era el título del más reciente artículo que envió a *Revista de Literatura*. En los últimos tiempos trabajaba con el mismo ímpetu que en su juventud, según me decía la última vez que hablé con él. Un derrame cerebral masivo detuvo el curso de su trabajo diario en la hermosa casa de Malvern.

Sebold recibió numerosos honores a lo largo de su vida; miembro honorario de la Hispanic Society of America, y correspondiente de la Real Academia Española y de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, fue hecho doctor *honoris causa* por la Universidad de Alicante y recibió el Premio Elio Antonio de Nebrija en 2000. El que sin duda más le enorgulleció fue el de la RAE, que prefería y usaba en sus trabajos —junto a su afiliación universitaria— desde que pasó a ser Profesor Emérito por su propia universidad en 1998, de donde se jubiló disfrutando la cátedra Edwin R. Williams. Dejó amigos y discípulos, émulos y adversarios. Una vida, una personalidad como la suya no podía resultar indiferente. Era hijo único y le han sobrevivido su esposa Jane y sus hijas Mary y Alice. Quienes le quisimos sabemos que descansa en paz. Y lo recordaremos.